

LILY DEL PILAR

Still
with
you

CROSS
BOOKS

wattpad**autora**

LILY DEL PILAR

Still
with
you

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Lily Ibarra, 2021
© 2021, Editorial Planeta Chilena S.A.
© Editorial Planeta S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-84-08-25454-6
Depósito legal: B. 2.062-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Se suponía que Jong Sungguk fue enviado a ese domicilio solo para una inspección de rutina. Una vecina del lugar había reportado un olor nauseabundo proveniente desde la casa de al lado.

«Olor a muerto», declaró al llamar a la policía.

Los antecedentes recopilados por la telefonista del caso eran de una señora que rondaba los sesenta años. Según su vecina, la última vez que la vio fue en la iglesia, hace ya más de una semana. Vivía sola, no parecía tener familiares y solo era visitada por amigas en raras ocasiones. Con el evidente sobrepeso que declaró la vecina a la telefonista, no era raro pensar en un posible ataque cardíaco.

—Detesto cuando la gente muere sola —comentó el compañero de rondas de Sungguk, Lee Minki.

Tenía los brazos cruzados en el asiento del copiloto y la vista clavada afuera. Llovía, no muy fuerte, pero lo suficiente para resultar molesto.

—No sabemos si está muerta —dijo Jong Sungguk, por fin apagando el motor.

—Mal olor de hace días, nadie la ha visto por una semana, vive sola, tiene obesidad... no sé, a mí me parece clarísimo. Deberían haber enviado a los forenses, no a nosotros.

Sungguk puso los ojos en blanco y se acomodó el arma de servicio, que hasta ahora no le había tocado utilizar pues llevaba solo unos meses graduado de la escuela de policía. Entonces abrió la puerta y salió, Minki lo siguió protestando.

El barrio era de clase media. Había casas con antejardines no cercados y una terraza como antesala a la puerta principal, de madera, todas con el mismo diseño. Dos pisos de alto y un entre-

techo no muy grande, que tenía una ventana redonda por donde se colaba la luz.

Nada más acercarse a la casa, un poco destartada en comparación a la de los vecinos, la puerta de al lado se abrió. Salió una mujer cubriéndose con un chal.

—Hola, soy la vecina que llamó —se presentó.

Lógicamente, pensó Sungguk, ese tipo de personas tendían a presentar un comportamiento ansioso y fisgón.

—Mi nombre es Jong Sungguk —dijo acercándose hasta llegar a las escaleras de madera que subían a la casa de la señora—. Y él es Lee Minki.

Ella los recorrió con la mirada antes de dirigir su atención a la casa vacía, que tenía las luces apagadas a pesar de que el atardecer se diluía.

—Son muy jóvenes —la escuchó musitar.

Claro, por lo mismo los habían enviado a esa inspección de rutina. A diferencia de Sungguk, que llevaba solo cuatro meses de servicio, Minki iba por el año. Ambos, como bien dijo la señora, eran demasiado jóvenes.

—Por cierto, mi nombre es Hee.

Sungguk asintió.

—Señora Hee, hemos recibido una llamada de su parte indicando malos olores.

—Olor a muerto —corrigió ella—. Ahora no se siente por la lluvia, pero era insoportable.

—Entiendo —dijo Sungguk.

Por el rabillo del ojo se fijó en Minki, quien recorría el jardín vecino con aire tranquilo, una rutina para ambos.

—Hace más de una semana que Lara no aparece —continuó—. Ella no tiene familiares... su hijo murió hace quince años, más o menos, en un accidente de automóvil, fue realmente terrible. Quedó incrustado entre los fierros y tuvieron que

cortar el auto para poder sacarlo. Desde ahí que Lara no ha sido la misma.

—¿Sabe si el último tiempo Lara ha sido visitada por alguien?

—Solo su grupo de amigas. Vinieron hace... unas dos semanas, un poco menos tal vez... con la edad uno ya no recuerda tan bien las cosas.

—¿Algo más que agregar? —añadió Sungguk.

La señora pareció dudar antes de contestar.

—Ayer creí ver una luz prendida en el altillo, pero desapareció de inmediato, creo que solo fueron imaginaciones mías.

Posiblemente lo eran, pensó Sungguk. Que la señora Hee pensase que su vecina Lara estaba muerta era suficiente antecedente para imaginarse una casa embrujada. De nada le sorprendía su avistamiento.

—¿Algo más? —preguntó mientras se arreglaba la gorra por la que escurría agua que mojaba su chaqueta.

—Toqué la puerta un par de veces en la semana, pero nadie salió —dudó antes de continuar—. ¿Estará muerta?

—Ahora procederemos a investigar.

Tras una afirmación, Sungguk se dirigió donde su amigo Minki, que estaba intentando inspeccionar el patio trasero de la casa.

—¿No crees que es extraño que esté el patio cubierto? —preguntó con desconcierto—. El barrio es tranquilo y nadie tiene rejas.

—Tal vez le gusta la privacidad —dijo Sungguk.

¿Pero una mujer que vivía sola, que era poco visitada por sus amigos y que tenía el patio trasero techado? Ninguna historia normal comenzaba así.

Sin más palabras, se acercaron a la casa encendiendo las linternas, mientras que la oscuridad de la calle apenas era combatida por las farolas que desprendían una leve luz anaranjada.

Al subir al porche de la casa sus pasos resonaron en la escalera. Las tablas estaban sueltas y parecían faltarle varias capas de barniz. La puerta también se veía descascarada.

Como lo dictaba el protocolo, tocaron el timbre. Nadie salió, tampoco se escuchó ruido desde el interior. Volvieron a intentarlo, esta vez golpeando directo la puerta.

—Hola, es la Policía de Daegu —dijo Minki—. Recibimos una llamada por malos olores, ¿hay alguien en casa?

Nada.

Sungguk se movió a una ventana cubierta por visillos gruesos que ocultaba el interior de la casa; intentó abrirla, pero se encontraba sellada con un pegamento blanco. Apoyando la linterna en el vidrio, Sungguk apegó la cara para intentar ver dentro. Era el comedor. Una mesa de cuatro puestos, dos asientos desacomodados comparados con los otros dos. Al intentar moverse hacia la otra ventana, se encontró a Minki espiando igual que él; también estaba sellada.

—Es el living —dijo—. Se ve todo normal. Un sofá de tres cuerpos y uno de esos reclinables. Una televisión... espera, adentro se ve mejor cuidado que afuera, ¿no crees?

Sungguk pensaba lo mismo. Lo poco que había alcanzado a analizar se veía ordenado y pulcro.

Volvió a la puerta y tocó. Otra vez nada.

—Bueno, tendremos que forzarla —concluyó Minki—. Debe estar muerta. En serio detesto encontrar a gente que murió sola y que nadie se enteró en días... es triste. Sungguk, prométeme que irás a visitarme al departamento si un día no aparezco en el trabajo.

Ambos se dirigieron al automóvil a buscar unas herramientas para forzar el cerrojo.

—Vives con tu novio, de seguro él nos alertará si mueres.

—¿Y si estamos peleados, Jaebyu me abandona en el departamento y yo me muero de pena? —preguntó mientras sacaba un

cincel y un martillo—. Es algo que podría pasar. Sabes que soy melodramático y me tomo mal nuestras discusiones.

—Prometo que iré a verte si un día no apareces a trabajar —repitió a regañadientes, dirigiéndose otra vez a la casa.

Minki golpeó el cerrojo en el ángulo preciso. Se rompió con facilidad.

—La gente compra pestillos tan malos... —se quejó Minki mientras abría la puerta con el hombro.

El olor los golpeó como una cachetada. Nauseabundo, podrido, descompuesto. Era el olor indudable de la muerte.

—Te lo dije —se quejó Minki sacando un pañuelo para cubrir su nariz y boca.

Sungguk hizo lo mismo. Siguiéndolo a unos pasos y observando por sobre su cabellera rubia el lugar, apuntó con su linterna de aquí para allá. El interior estaba ordenado y bonito. La casa parecía haber sido pintada hace poco y el piso de madera se encontraba lustrado. La imagen no calzaba con el olor.

—¿Cuántos días llevará...? —Minki dejó de hablar cuando se asomó a una habitación. Dio un largo suspiro—. Aquí está, Sungguk.

Se dirigió hacia su compañero evitando tocar algo que pudiese entorpecer la escena.

En medio de la cocina amplia yacía en el suelo el cuerpo de una mujer de unos sesenta años con evidente obesidad. Estaba hinchada y amoratada, evidentemente descompuesta.

—No tendremos que tomarle el pulso, ¿cierto? —bromeó Minki sacando su celular para grabar unas notas de audio—. Se encuentra cuerpo, en medio de la cocina, en avanzado estado de descomposición. Mujer de unos sesenta años, cien kilos, metro... sí, metro sesenta aproximadamente, cabello rubio tinturado y con canas en la raíz. Viste una camisola de pijama. No parece haber indicios de agresión. Todo indica muerte natural.

Sungguk se acercó colocándose en cuclillas a su lado para examinar el cuerpo. Manos, muñecas, cuello, tobillos, rostro. Toda la piel que quedaba al descubierto por la camisola no parecía tener daños físicos. La expresión de la mujer era de pánico, lo que no era de extrañar; el miedo a morir era un rostro recurrente en muertos.

—Su posición es peculiar —comentó Sungguk.

Minki se acercó de inmediato.

—¿Por qué lo dices?

—Si hubiera muerto sola y de un ataque al corazón, ¿no debería estar afirmándose el pecho? Duele, los ataques al corazón duelen, esa debería ser su reacción natural —apuntó hacia la cocinilla, donde quedaban los restos de comida quemada en el sartén—. El fuego está apagado y no creo que ella haya tenido el control para hacerlo, porque, de ser así, ¿no debería a lo menos haber llegado al teléfono? Tiene los brazos sobre el estómago. Alguien la acomodó antes del *rigor mortis*, que comienza a la media hora.

Minki ladeó la cabeza.

—¿La mataron?

—Tal vez no, pero alguien estaba con ella.

Eso, por extraño que pareciera, le sacó un suspiro de alivio a Minki.

—No murió sola.

—¿Prefieres un asesinato antes que una muerte natural y solitaria?

—Eh, no me mires así. Yo antes no era tan rarito. Ver demasiado de esto... —apuntó la escena— hace que se me trastoque el cerebro.

Sungguk puso los ojos en blanco.

—Ve por las radios y pide que manden un equipo.

—Soy tu *hyung** y tengo más experiencia, yo debería darte las indicaciones.

—Qué importa eso, Minki, solo ve.

Pareció querer refutarlo, pero al final terminó saliendo con paso rápido.

No fue sino hasta que el ruido de los pasos de Minki se perdió al salir de la casa, que el silencio volvió a ser ensordecedor. Un escalofrío le recorrió la espalda a Sungguk, ya no tan feliz de estar a solas con el cuerpo.

Colocándose de pie y estirando las rodillas, inspeccionó las tazas sucias del fregadero. Eran dos. La casa por dentro estaba cuidada, aunque por fuera no. La mujer parecía no haber muerto sola...

Entonces la madera crujió sobre su cabeza.

Al parecer, no estaban solos en la casa.

* Título honorífico coreano para llamar a los hermanos mayores o amigos cercanos de más edad.

2

Agudizó el oído para intentar captar de dónde provenía el ruido. No parecía ser del segundo piso, se escuchaba más alejado. Posicionando la mano en su arma de servicio, dio unos pasos hacia la escalera. Se detuvo al escuchar la queja de Minki desde afuera.

—Jefe —decía en broma—, ya los llamé y dicen que en dos horas, están ocupados con un asesinato en...

Sungguk se apresuró hacia el porche, posicionando su dedo sobre la boca para mandarlo a callar. Minki captó de inmediato y se acercó con las radios portátiles en las manos, entregándole una para que la enganchara en el cinturón.

—Hay alguien más en la casa —susurró Sungguk—. Debe estar arriba.

—¿El asesino está ahí dentro? —jadeó Minki con los ojos abiertos de par en par.

—Eso no lo sé —lo reprendió Sungguk—, pero hay alguien. Minki asintió llevándose también la mano al arma de servicio.

—¿La saco?

—No, solo mantente atento, vamos a explorar el primer piso para ver si está despejado o...

—¿Crees que haya dos personas? —musitó—. ¿No deberíamos llamar a los refuerzos y esperar a que lleguen? Si me pasa algo hoy, Jaebyu morirá de tristeza. Hoy es nuestro cuarto aniversario y debía llegar temprano a casa, generalmente me prepara una cena y...

—¡Concéntrate! —lo interrumpió—. Además, podría ser un gato.

Un gato muy gordo para hacer crujir la madera de esa manera. Un gato de por lo menos cincuenta kilos.

—Debería llamar a Jaebyu.

—Solo vamos, Minki.

Volvieron a ingresar, esta vez con pasos más suaves y sigilosos. Sus miradas recorrieron cada esquina de la casa, abriendo las puertas para revisar dentro de: alacena, muebles lo suficientemente grandes para esconder a alguien, cocina, baño, sala de estar, comedor.

Todo estaba despejado.

Sungguk apuntó al segundo piso, Minki asintió y ambos subieron. Arriba solo había un pasillo y tres puertas, dos a la izquierda y una a la derecha. Minki se fue a la izquierda, por lo que Sungguk abrió la que le correspondía alzando su pistola.

Nadie.

Solo había un cuarto. Una gran cama de fierro de dos plazas con faldón con volantes, muy anticuada para la época. Dos veladores y un escritorio que daba hacia la ventana; Sungguk notó que el techo del patio tapaba la mitad de ella. ¿Quién pediría un tejado que cubre la mitad de la ventana?

Entonces fue cuando lo volvió a escuchar.

Una pisada sobre su cabeza.

Salió al pasillo, Minki había revisado una de las puertas, pero todavía le faltaba una. También miraba al techo.

—Es una habitación de un niño, Sungguk —explicó en un susurro.

¿Vivía un niño en la casa? ¿Pero dónde?

Su mirada se clavó en la trampa. ¿Se encontraba encerrado ahí? ¿Un niño llevaba abandonado en esa casa más de una semana?

—Revisa la última pieza —pidió Sungguk, guardando su arma y agarrando un fierro con punta de gancho que reposaba a un costado de la escalera.

—¿Qué pasa? —preguntó Minki.

—Creo que está encerrado arriba.

Los ojos de Minki reflejaron su desconcierto, su labio prominente formó una expresión de tristeza.

—Si eso es cierto, creo que esto es peor de lo que imaginé.

Sungguk logró enganchar la trampa y tiró de ella. Se desplegó una escalera.

Con la linterna en alto comenzó a subir lentamente. Su otra mano, posicionada en el arma de servicio, temblaba. ¿Debería sacarla? ¿Debería ingresar al tercer piso con ella en alto? ¿Pero si era un niño? ¿Y si reaccionaba mal y le disparaba accidentalmente? ¿Pero si no era un niño y se le abalanzaba el asesino que Minki decía?

Contra las reglas, dejó el arma descansar en su cadera y asomó la cabeza por el ático. Nadie intentó herirlo. Su linterna apuntó de manera frenética todos los rincones en búsqueda de algo.

En ese momento, iluminó el rostro asustado de alguien.

Cabello castaño claro, ojos enormes, mejillas enjutas, piernas contra el pecho, lágrimas manchando su piel, camiseta ancha y en mal estado, labios resecos.

Era un adolescente.

Desenganchó la radio del cinturón. No alcanzó a llevársela a la boca para pedir refuerzos cuando el joven se estremeció de pies a cabeza y se cubrió con los brazos. Temblaba de manera violenta, un llanto gastado se le escapaba de los labios.

Sungguk volvió a guardar la radio y alzó las manos, la linterna en alto.

—Está bien, está bien —susurró, intentando tranquilizarlo—. No te haremos daño.

Pero el muchacho seguía soltando gemidos entrecortados, rasposos, horribles, un lamento fantasmal.

—Minki, pide refuerzos. Hay un adolescente aquí —escuchó a su compañero jadear y apresurarse por el segundo piso—. Y que haya un psicólogo entre ellos.

Por su entrenamiento en la academia, Sungguk sabía que debía retroceder, no acercarse a la víctima, no hablar con ella y esperar a que un especialista llegase. Sabía que eso era parte del protocolo, porque una víctima debía tener su primer contacto con alguien capacitado para atender sus necesidades, resguardarlo y volverse parte de su zona segura. Las víctimas generaban una dependencia psicológica con la primera persona que los ayudaba, y Sungguk, que no tenía la preparación para sobrellevar aquello, podría causar un desastre si el chico se apegaba a él.

Pero no podía dejarlo ahí, no podía bajar al segundo piso e ignorar su estado a la espera de que llegase alguien para saber cómo manejar la situación.

Dejando la linterna en el suelo, terminó de subir hasta llegar al tercer piso, puso sus manos en alto.

—Minki, no subas —pidió con la voz más suave y controlada que podía emitir—. Está aterrado.

Apenas su pie terminó de abandonar la escalera, esta se plegó en sí misma dejándolos a ambos encerrados en la oscuridad, solo un pequeño haz de luz se colaba por la ventana.

El chico continuaba temblando de manera violenta.

A los catorce años Sungguk había encontrado un perro maltratado en la calle. Ese día descubrió lo peligroso que era moverse de manera brusca ante un animal que desborda pánico y adrenalina por sus venas. La cicatriz de la mordida en su antebrazo era un recordatorio latente de lo cuidadoso que debía ser. A los dieciséis, cuando rescataba al sexto perro, aprendió a no acercarse hasta que el otro lo aceptara y le permitiera invadir su territorio. La cicatriz en su tobillo era otro de esos recordatorios.

Así que se movió de la misma manera precavida con la que ayudaba a un animal maltratado. Suave, no amenazante, lento y cuidadosamente, manteniendo una postura relajada y una expresión amistosa, hablando bajito y fluido, suave, con cariño. Sin

embargo, aquello parecía no tener efectos en el muchacho, de piernas desnudas, que continuaba retrocediendo.

A simple vista, por lo delgado que estaba, le pareció que era un adolescente de no más de diecisiete años. Pero se equivocaba, debía bordear los diecinueve. Demonios, ¿qué hacía alguien de su edad encerrado en un altillo?

Maltrato.

Secuestro.

Sungguk se imaginó lo peor, porque solo lo peor podría conllevar una escena así.

Sentía ganas de vomitar.

Intentó relajarse. Si Sungguk no estaba bien, el muchacho iba a alertarse más.

Lo vio arrastrarse, todavía con los pies por delante y los brazos estirados. Las lágrimas caían sin control por sus mejillas. Su avance se interrumpió cuando colisionó contra la esquina del entretecho, quedando sin lugar de escape. Su pecho subía y bajaba en el más terrible y profundo pánico.

Sungguk meditó sobre si regresar y esperar a que llegasen los especialistas.

Sí, era lo mejor, él no podía con esa situación, era un simple novato con su primer caso real.

Retrocedió con la misma tranquilidad hasta llegar a la puerta. Intentó abrirla dándole una pisada para que bajase con su peso. No se movió, parecía atascada. Sin apartar la mirada del chico, intentó hacer más presión. Recorrió el piso en búsqueda de una ranura o algo que abriese la puerta. Tampoco nada. ¿Por eso el chico estaba ahí? ¿Se habría quedado encerrado? ¿Pero en qué circunstancias? ¿Quién era ese muchacho? La vecina no había mencionado parientes, el único hijo de la víctima estaba muerto. ¿Sería un nieto?

—Minki —llamó, intentando sonar lo menos amenazante. Todavía tenía las manos en alto y una expresión calmada—, ¿te dieron tiempo de espera?

—Cuarenta minutos —escuchó la voz amortiguada por la madera. Era demasiado tiempo—. Me estoy volviendo loco acá abajo, ¿quieres que suba?

—No, quédate ahí —meter a una segunda persona, que además era otro hombre (por muy inofensivo y tierno que pareciese y fuese Lee Minki) no era una buena idea, solo haría que el muchacho se sintiese más amenazado.

Sungguk inspeccionó el cuarto. Había un baño en una de las esquinas junto a un lavamanos, un colchón y un montón de libros desperdigados por el lugar. ¿Un baño?, pensó. ¿Por qué habría un baño en el entretecho? ¿Cuánto tiempo llevaría encerrado ese chico ahí? ¿Y quién sería? A diario desaparecían tantos jóvenes, que perfectamente podría ser alguno de ellos.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral, de pronto sintió la necesidad de hacer algo, lo que fuera. No podía seguir viendo esa mirada grande llena de profundo terror. Y además parecía muerto de hambre.

Hizo lo único que se le ocurrió en el momento. Posiblemente sería reprendido por ello, incluso amonestado, pero, ey, estaba encerrado en un altillo con una víctima de un presunto secuestro y los especialistas estaban a cuarenta minutos de aparecer. No podía quedarse ahí observándolo morir de hambre, así que, de manera lenta y pausada, para que el muchacho pudiera captar y procesar sus movimientos, se llevó una mano al bolsillo superior de la chaqueta, la cual estaba un tanto mojada por la lluvia. Sacó una barra de cereal ultranutritiva.

Sabía que el chico podría enfermarse del estómago, pero debía hacer algo por él.

No podía con esa presión psicológica que empezaba a enloquecerlo. Era, como dijo la vecina, efectivamente demasiado

joven. Sungguk no tenía ese tipo de experiencia, solo rondas de rutina, arrestos a menores por beber en la vía pública, nada más.

De pronto, el chico tenía puesta su atención en la barra de cereal. Había dejado de temblar, sus lágrimas ya estaban secas y los ojos se abrieron llenos de atención.

Era realmente hermoso.

A pesar de su delgadez y el obvio estado de abandono, era un chico muy bonito. De ojos asiáticos aunque grandes, nariz alta, labios no demasiado gruesos con forma de corazón, cejas abundantes, solo un doble párpado que le daba una asimetría a su mirada que solo le sumaba belleza. Tenía el cabello castaño claro, un color que escapaba del coreano común y que le indicaba tal vez una mezcla con occidente.

Se aclaró la garganta para captar su atención.

—¿La quieres? —preguntó Sungguk.

No reaccionó a sus palabras.

Alzó la barra de cereal hasta casi tenerla a la altura de su cara.

—¿La quieres? —volvió a insistir.

Notó que el chico miraba sus labios y que su entrecejo se fruncía. Lo vio apretar un poco más las piernas contra su pecho, su vista volvió a la barrita de cereales.

Estaba a punto de preguntar una tercera vez al notar el movimiento casi imperceptible: el chico asintió.

Sungguk le sonrió.

En ese momento, ninguno de los dos se dio cuenta de que habían roto la primera barrera entre ambos: la de la desconfianza.